

LAS PIEDRAS DE CHIHAYA

千早の石

EL HILO DEL KARMA

Sergio Vega Esteban

世留比男

Publicación enmarcada en el 400 aniversario de amistad entre el mundo hispánico y Japón

**QUATERNI**

Las piedras de Chihaya 1. El hilo del karma

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: octubre 2013

Copyright © 2013 Sergio Vega Esteban

Copyright © 2013 Quaterni

ISBN: 978-84-941173-5-0

EAN: 9788494117350

IBIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José Luis Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau Rodríguez

Imagen de cubierta: Shutterstock

Ilustraciones: Elena Díaz Laza

Kanjis de portada: Norie Adachi

Maquetación y pre-impresión: Grupo RC

Impresión: Grafilur, S.A.

Depósito Legal: M-23538-2013

Impreso en España

19 18 17 16 15 14 13 (10)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

EL HILO DEL KARMA

業の糸



BINGO, ISLAS SAGRADAS

Cuando cierro los ojos aún puedo ver las escarpadas montañas verdes, el cielo iluminado, las hojas meciéndose con la suave brisa. Puedo sentir la humedad fría de la mañana latiendo sobre mi piel, escuchar las risas de mis hermanos, los ecos de las reprimendas de Padre.

Si me esfuerzo un poco más alcanzo a contar los pasos silenciosos que me llevan hasta Madre mientras se peina. Acaricio con las yemas de mis dedos las suaves puntas oscuras de su pelo liberado de cuerdas y moños tras un largo día de trabajo. Ella se percata de mi llegada y se gira para sonreírme.

Y recuerdo, como si fuera ayer, que este mundo terrenal llegaba al tercer año de Genko.

Subsistíamos en nuestro campo de arroz a las afueras del pueblo de Kono trabajando desde que salía el Sol hasta que se retiraba, como la mayoría de los campesinos de la nación. En realidad yo no sabía que malvivíamos en aquel pedazo de tierra de cultivo rodeados de montañas y espesa vegetación, simplemente era todo lo que había conocido y todo lo que esperaba ver el resto de mi vida, por lo que podía considerarme feliz.

Por un tiempo habíamos sido uno más. La vieja abuela permanecía siempre en una esquina de nuestra pequeña choza, con la inmovilidad de una piedra. Solo la abandonaba para dormir, evacuar y comer, y lo hacía tan despacio que no acertaba a imaginar a dónde se dirigía hasta que no completaba su trayecto. Así deduje que de las cosas que me rodeaban las más lentas eran las más viejas: como el Sol, los árboles o las montañas.

Cuando nos sentábamos a cenar todos juntos al final del día no podía dejar de mirarla, esperando que en algún momento perdiera su exasperante quietud, pero al final era yo el que perdía la paciencia y volvía a mis quehaceres.

Hablaba solo cuando se dirigían a ella y se las ingeniaba para introducir de una forma u otra la frase “el tiempo pasa”, algo que llamaba poderosamente mi atención, pues para mí parecía

todo lo contrario. No creía que hubiera nadie más viejo que la abuela en todo el mundo.

Un día, al regresar del trabajo, no estaba. Mis padres me dijeron que “se había ido” y ni mis dos hermanos mayores ni yo hicimos más preguntas, aunque no se nos escapara que Madre luchaba por retener las lágrimas, incapaz de hablarnos.

Sabía que los dioses habían creado las Islas Sagradas y que el emperador era su hijo en la tierra, guardián de nuestras vidas y espíritus. Vivía en Kyoto, la capital, pero Padre decía que en realidad todos obedecían al *shōgun*, que vivía en Kamakura. No era capaz de precisar qué o quién era, pero temía que fuera un ser venido del mundo de los muertos o un demonio con forma humana nacido de las profundidades de la tierra. Alguien a quien los millones de habitantes de la nación rendían sumisión debía de ser el hombre más fuerte del mundo, tal vez de la altura de nuestra montaña o con el poder de hacer caer rayos del cielo.

Pero ninguno de ellos había pasado jamás por nuestro arrozal. Lo único que nos sustentaba eran las estaciones y el esfuerzo de nuestras manos.

Nuestra fortuna era ser dueños de la tierra que trabajábamos, en lugar de estar arrendados o pertenecer a una cuadrilla en campo ajeno, malviviendo por un puñado de arroz al día. Sin embargo, esto nos colocaba directamente en manos del *jitō*, el representante del gobierno, nuestro verdadero señor y dueño. Él mantenía la paz y administraba justicia y a cambio estábamos obligados a pagarle grandes impuestos.

La vida, pues, se desarrollaba entre nuestra choza humilde, el campo de arroz y el pueblo de Kono, a solo cinco *ri* de distancia y límite de mi mundo. Nuestra montaña y el cerrado bosque a nuestro alrededor nos mantenían alejados de todo lo demás, aunque los recaudadores del *jitō* mancillaban nuestro santuario cada luna nueva, siempre soberbios y mezquinos, perturbando la armonía con sus exigentes formas y con la velada amenaza de arrebatárnoslo todo si no los contentábamos. Eran los integrantes de la nueva casta militar, que parecía haberse adueñado del país en los últimos tiempos. Antes de ellos la nobleza

había sostenido los arcos y las lanzas, reclutando a campesinos cuando se declaraban la guerra y reponiendo a estos a sus quehaceres acabada la confrontación. Pero ahora muchos de esos campesinos se habían especializado y convertido en luchadores profesionales, en *bushis*, y todo había cambiado. Desde la capital se temía un nuevo intento de invasión extranjera y eso les daba un papel preponderante, nunca antes imaginado, mientras la relegada nobleza soñaba con recuperar de alguna forma su antiguo poder.

El *jitō* nos exigía dos sacos de arroz de cada tres y, aunque la tierra era nuestra, el resto de lo que nos rodeaba, cada árbol y cada piedra, eran suyos. Vivíamos con el temor de no lograr la cantidad suficiente para contentarle o de que encontrara cualquier otra excusa para arrebatar nos nuestra plantación. Y por si no fuera ya difícil cubrir su demanda de arroz, en ocasiones mis dos hermanos tenían que marcharse para prestar cualquier servicio que demandara y por el tiempo que creyera preciso.

Por dicha razón, Padre consideró que era mejor mantener mi existencia en secreto y así poder seguir trabajando en el arrozal todo el año. Por eso, en cuanto escuchábamos un relincho o veíamos a lo lejos la silueta del carro corría a esconderme tras alguna enorme piedra o simplemente me introducía en el agua de nuestra plantación si el tiempo era ya escaso. Por supuesto, no me estaba permitido verme con nadie. El secreto de mi existencia era el seguro de nuestras vidas. Si averiguaban que me habían ocultado, las consecuencias podrían ser desastrosas.

Para asegurarse de que no cometiera algún desliz, Padre me contaba que los *bushis* que se acercaban en demanda del tributo eran demonios que necesitaban de sus corazas para ocultar sus cuerpos deformes y que si me atrapaban me raptarían para llevarme a su tierra de espanto. Desde que tenía memoria había permanecido atento a los recodos de mi vista buscando la menor señal o indicio de alguien acercándose o esperando el aviso de alguno de mis hermanos.

Con el tiempo comencé a temer a cualquier persona que se aproximara a nosotros, huyendo a la carrera pese a los gritos

de Padre declarando que no tenía nada que temer. Ni amigos ni parientes eran capaces de verme y los años habían pasado sin que nadie conociera mi rostro.

No sabía del porqué de las cosas, del mundo fuera de aquella cumbre, pero conocía nuestro arrozal y no necesitaba nada más. Desde siempre lo había considerado un ser vivo, como uno más de la familia. Era feliz cuando lo veía verde y fuerte y sufría lo indecible cuando alguna plaga de pequeños insectos o algún tifón lo asolaban. Era entonces cuando me acercaba hasta él solemne para doblar mis rodillas y sentarme sobre los talones, sintiendo en mis pies descalzos la tierra húmeda. Bajaba mi cabeza hasta tocar el suelo, como hacía Padre con el pequeño Buda de barro de nuestro altar, y no dejaba de pedir perdón con lágrimas en los ojos.

Muchas noches, mientras mis padres y hermanos dormían, salía afuera para correr hacia él. Era nuestro momento mágico. Me sentaba perdido en su mar de hojas verdes y cerraba los ojos. Podía sentir cómo el viento lo mecía, cómo se agarraba con fuerza a la tierra y al mismo tiempo se ofrecía dócil al agua y al viento. Así aprendí que con fuerza interior, era posible ser blando por fuera.

Este sentimiento de apego a nuestro pedazo de tierra no pasó inadvertido a mi familia. Desde muy temprana edad les resulté diferente a mis hermanos mayores. Era capaz de percibir cosas que nadie más sentía.

Si me quedaba quieto notaba cómo crecía la hierba, cómo las nubes se movían vivas jugando con el viento, cómo las montañas zarandeadas por el movimiento de la tierra guardaban el equilibrio para no caer.

Y a un nivel más sutil aparecía una voluntad que parecía abarcarlo todo. Al mirar a cualquier cosa podía percibir su vibración. Nada era ajeno a él, ni siquiera lo supuestamente “muerto”. Por eso no podía entender ese concepto, por más que Padre me explicaba que morir significaba dejar este lugar para ir a otra parte, inalcanzable para los que aún respirábamos.

Padre insistía en que la muerte era sucia, desagradable y que hasta el dios *Izanagi*, al regresar de una visita a la morada

de los muertos, había tenido que purificarse con agua. Si los mismos dioses evitaban acercarse a ella, no podíamos nosotros, pobres humanos, aventurarnos más allá de nombrarla entre cuchicheos.

Yo, sin embargo, me preguntaba cómo algo por lo que todos debíamos pasar podía ser tan malo. No había asistido nunca a la muerte de una persona, por lo que tal vez fuera diferente del resto de los seres vivos. Solo así podría explicarme que Padre pudiera tener razón al explicarme “la marcha” a ese lejano país.

En el mundo jamás sentía que algo se fuera a algún sitio fuera de mis sentidos. Cuando un pájaro dejaba de respirar, podía sentir cómo su aliento vital se abría en un abanico que impregnaba todo lo que le rodeaba, extendiéndose gradualmente a su alrededor cada vez más lejos, hasta perderse con el todo. Al mismo tiempo, de su cuerpo físico brotaban nuevas formas de vida que pugnaban por seguir moviéndose.

Igual ocurría con las plantas que accidentalmente se cortaban. Inmediatamente su energía se expandía sutilmente y el cuerpo cambiaba de color, se arrugaba, se transformaba en polvo que el viento extendía aún más lejos. Nada permanecía quieto, absorto en una forma o color determinado, todo vibraba y yo sabía que el movimiento era vida. No era capaz de explicar estas percepciones, solo las sabía ciertas y no sufría la tentación de buscarlas una explicación.

Aún no había crecido lo suficiente para sentirme tentado a creer que mis pensamientos eran la única forma de definir el mundo y alcanzar la verdad, que todo lo que escapaba a ellos simplemente no existía. Aún no cuestionaba el porqué de las cosas y me entregaba sin restricciones a lo que sentía. No trataba de medir o definir mi realidad en términos abstractos.

Feliz por mis sensaciones trataba de hacer partícipes a mis seres queridos. Les contaba cuando permanecía junto a una piedra y notaba que empezaba a erosionarse vibrando con todo lo que se encontraba a su alrededor, de la alegre estela que dejaba en el cielo el vuelo de un pájaro, de cómo temblaba cada fibra de mi ser al recibir los últimos rayos del Sol desde el horizonte del atardecer...

Pero ellos no entendían. No podía soportar sus ojos perplejos cuando hablaba a las montañas y les deseaba un buen día, cuando les decía que el arroz gruñía por las tardes y necesitaba que le hablara para tranquilizarle con la promesa de un nuevo día o que nuestro viejo pino en mitad del campo poseyera voluntad y que le encantara que le abrazara.

Sufría con cada mirada asombrada, con cada mueca de incompreensión, con cada gesto de preocupación. El miedo fue acallándome. No quería que nada me alejara de su reconocimiento, de su amor. El deseo de ser aceptado era mayor que la felicidad que sentía formando parte del todo y quise ser como ellos.

Di la espalda a mis sensaciones, olvidé mis juegos, mi curiosidad, mis sueños y poco a poco fui desterrándolo todo. El mundo perdió su maravilla, su valor. Los días se convirtieron en repetición de acontecimientos insustanciales carentes de significado, pero a cambio recibí el amor y la seguridad perdidos, volviendo a ser uno más de mi familia.

Ese día comprendí que cuando el resto del mundo no ve, abrir los ojos requiere un enorme valor.

Se sucedieron muchos días de intenso y húmedo calor. Por el mundo corría un aire débil que no renovaba la tierra y fue por esto por lo que los seres maléficós que habitaban en las profundidades de la tierra se atrevieron a acercarse a su superficie. Los vapores del suelo subieron por los pies de Madre y siguieron hacia su cuerpo, aprovechando algún momento en el que se encontrara más cansada de lo normal o con alguna debilidad pasajera. Cuando pudimos darnos cuenta ya era tarde. Una persistente tos le acompañaba todo el día.

Por las noches aún era peor. En mitad de mi sueño me despertaban sus fuertes convulsiones y en los amaneceres atisbaba a mi madre salir apresuradamente seguida por Padre, llevándose el calor y la seguridad del hogar tras ellos. Le escuchaba vomitar entre jadeos y sollozos mientras me hacía el dormido. No me atrevía a decir o hacer nada, como si el hecho de retirar mi

atención pudiera eliminar aquello que no deseaba. Era mejor intentar negar lo que pasaba, tapándome los oídos con la manta.

Tampoco mis padres querían ver lo que ocurría y al levantarnos por la mañana actuaban como si nada anormal estuviera sucediendo. Repetían en voz alta palabras que en realidad estaban destinadas a ellos mismos.

—Madre pronto estará bien —nos decían—. Solo es algo de frío.

Pero mientras trabajábamos en nuestro campo, Madre paraba a descansar con mayor frecuencia cada día. Algunas veces porque un incontrolable ataque de tos se lo impedía, otras veces porque le sobrevinía un agotamiento demoledor y tenía que arrodillarse con el agua hasta la cintura. No osábamos mirarnos, continuando con el trabajo con un nudo en el estómago, simulando no percatarnos de nada, mientras la sombra de un fatal desenlace seguía permanentemente a nuestro lado.

Finalmente, la situación fue tan preocupante que Padre reconoció que estaba muy enferma. Si hubiéramos tenido suficiente arroz, Padre habría encargado a los monjes que rezaran por ella y alejaran a los espíritus que la habían poseído. Eso es lo que hacían los señores y los grandes apellidos, siempre acompañados en su enfermedad por las oraciones y los *mantras* de un par de monjes junto a sus lechos día y noche, mientras que en los templos barras de incienso y ofrendas se colocaban a los pies de las representaciones de *Amida*. Nosotros nos contentábamos con nuestros rezos y las simbólicas ofrendas a los pies de nuestro pequeño Buda de barro.

Una mañana no vino al arrozal. Se quedó sola en casa, demasiado agotada para seguirnos.

—Solo es por el cansancio de una mala noche —nos decía Padre mientras caminábamos hacia la plantación—. Cuando regresemos estará bien. No os preocupéis.

Comenzamos la tarea sin decir nada, reteniendo las palabras de Padre en nuestras mentes y deseando que fueran ciertas. Él apenas hablaba y su mirada perdida solo despertaba al percatarse de las nuestras posadas en él. En ese momento parecía volver a ser el mismo de siempre.

—Vamos perezosos. No podemos dejar que el Sol nos gane.

En el descanso de mediodía pareció que las cosas volvían a enmendarse. Mis hermanos comían con glotonería y Padre gastaba bromas y me salpicaba con sus manos llenas de agua. Luego el cansancio y el trabajo monótono de la tarde hicieron que apartara mis miedos por unas horas.

Cuando regresamos Madre había barrido la tierra del suelo, como todos los días, pero no estaba el puchero en la lumbre, ni había encendido el pequeño farol. Padre se arrimó al lecho mientras nos quedábamos en el resquicio de la entrada, sin atrevernos a entrar. Estaba allí tumbada, aún con su *kimono* deslucido perfectamente colocado, sin una arruga, el *obi* perfectamente anudado, el pelo recogido con su única pinza.

—Estoy descansando un momento. No pasa nada —nos susurraba mientras trataba de incorporarse.

Pero ninguno la creímos. Padre colocó las manos sobre su piel y descubrió que todo el cuerpo ardía. En ese momento se olvidó de nosotros y la cogió en brazos con la desesperación pintada en su rostro, balbuciendo palabras ininteligibles. Cuando cruzó nuestra choza hacia la entrada tuvimos que echarnos a un lado para no ser arrollados. Ni siquiera nos dedicó una mirada antes de alejarse trastabillando en dirección al pueblo, con su silueta perfilada sobre el Sol poniente.

En cuanto le perdimos de vista mis hermanos mayores salieron a la carrera tras su estela, con la velocidad que les permitían sus corazones, dejándome solo, perdido en ese mar de negación de la realidad. No quería aceptar ningún cambio en mi predecible vida, no podía siquiera sospechar que tal cosa pudiera ser posible. El cielo pareció desmoronarse mientras yo también iniciaba la carrera tras mi familia.

Esa noche nos olvidamos de mi secreto y fuimos todos en dirección a Kono. Debido a que la luz faltaba en el camino y que la excitación y el miedo ocupaban toda mi mente, apenas fui consciente de que me acercaba a la gente que había evitado durante toda mi vida.

A *La Hora del Perro* la mayoría de las familias cenaban refugiadas en el calor de sus hogares y solo nos cruzamos con un par

de rostros curiosos que se detenían para contemplar a tan extraña comitiva.

No me fijaba en la rápida sucesión de casas a mi alrededor, ni la dirección que seguíamos. Toda mi atención se repartía entre no quedarme atrás y evitar quedarme atrapado en el barro de las angostas e irregulares calles.

Finalmente llegamos hasta una cancela de juncos tras la que se perfilaba una casa alumbrada por faroles colgantes, de planta baja y con un alto y adornado tejado de pizarra. Nada más podía verse desde el otro lado.

—Esperad aquí —nos ordenó Padre mientras entraba apresuradamente al interior.

Permanecemos sin aliento, sentados en el suelo de tierra frente a la entrada, casi ocultos en la oscuridad de la noche recién llegada, incapaces de pronunciar palabra. No sabíamos qué o quién habría en aquella casa que pudiera ayudar a Madre, pero nos esforzábamos en creer que habíamos llegado a tiempo.

La soledad de aquel rincón en sombras acentuó la fragilidad que parecía haberse adueñado de mi existencia y me dejó tan indefenso que comencé a llorar en silencio. De mi memoria rescaté el contacto de las manos de Madre sobre mi cabeza, jugando con mi pelo, como hacía cuando era pequeño, y me aferré a ese momento buscando consuelo.

Cuando la última lágrima hubo sido derramada, llegó algo peor que la agitación y el nerviosismo que nos había poseído durante todo el trayecto hasta allí. El corazón dejó de latir en mi pecho y fui consciente del tiempo que había pasado sin que la puerta por la que Padre había entrado se hubiera movido. Ni el más mínimo ruido llegaba hasta nuestros oídos y la espera se tornó de pronto angustiada.

De vez en cuando alguna silueta entre las casas me sobresaltaba, o el ruido de algún animal doméstico en un cercado próximo. Estaba en Kono, rodeado de gente extraña, expuesto a su escrutinio y sin saber qué pasaba con Madre. En un momento dado no pude soportarlo más y me incorporé.

Lo siguiente fue verme franqueando la cancela ante el asombro de mis hermanos, que solo se atrevieron a mirarme, sin

moverse de donde estaban ni intentar persuadirme. Nunca antes habíamos desobedecido a Padre.

Penetré en un jardín en penumbra a través de un camino de pequeñas piedras blancas que reflejaban la luz de la luna. Apenas serpenteaba hasta llegar a una construcción de sólida madera, perfilada con la luz de tres farolillos distribuidos por la fachada. No dudé ni un momento en seguir el recorrido marcado hasta la galería cubierta que rodeaba toda la casa. Observé un grupo de sandalias en el suelo, dos de ellas de Padre, y continué recorriendo el pasillo exterior en busca de la luz que emanaba del interior, muy cerca de uno de los farolillos.

No podía ver nada de lo que pudiera estar sucediendo dentro, pero no había marcha atrás y el miedo me impedía tomar cualquier otra alternativa que no fuera la de seguir adelante. La fortuna me había preparado el camino y el sirviente que un momento antes se encontraba al otro lado para recibir a los enfermos había ido corriendo al almacén para atender una petición de su dueño, por lo que nadie me impidió correr con descaro el *shoji*, la puerta corredera de papel, y entrar directamente al interior, con la licencia que me permitían mi dolor y mi ignorancia.

Ante mí se abrió una habitación mayor que toda nuestra choza, con el suelo cubierto de esteras y una mesa baja. Sobre ella había algunos frascos de hierbas y una jarra de agua. El ambiente era seco, muy alejado de la humedad de nuestra choza, con un ligero y agradable aroma que llegaba desde un incensario suspendido de un gancho en la esquina más alejada a la entrada. Junto a este, otro *shoji* de papel conducía al interior de la vivienda, si bien permanecía cerrado. En el centro un hombre de pelo cano y de diminuto tamaño se sentaba sobre sus rodillas, completamente inmóvil. Junto a él yacía Madre tumbada boca arriba, con los ojos cerrados y la expresión serena, recuperada al fin la quietud que la había abandonado a lo largo del último mes.

Padre no estaba allí. Había sido conducido a otra sala, con el fin de que nada importunara al doctor, ni que tampoco enjuiciara u observara el más mínimo detalle del celoso arte de sanar. Sin

saberlo, había cometido una falta grave para el amo de la casa. No solo entraba en un lugar que me era prohibido, también lo hacía sin anunciarme, en pie y con las sandalias llenas de barro.

El hombre me miró ceñudo y al mismo tiempo intrigado, aunque algo en su rostro en principio hosco cambió al comprender quién era y el motivo de mi escandalosa intromisión. No llamó a gritos al personal de la casa para echarme a patadas, ni tampoco me reprendió por mi falta de compostura. Por mi parte no albergué la menor duda de estar ante el cadáver de mi madre.

Inmóvil, permanecía de pie, sin atreverme a manchar con mis sandalias aquel lugar immaculado e incapaz de romper el cuadro que se presentaba ante mí. Miré a aquel hombre directamente a la cara y escruté sus facciones ahora inmóviles. Reconocí sabiduría y voluntad, sabía que había hecho todo lo posible por Madre, que era ya tarde cuando llegamos a su puerta. No experimenté frustración, ni dolor, solo un inmenso vacío.

El médico se asomó a mis ojos y vio reflejado en ellos su propia indefensión ante lo inevitable, la misma aceptación muda de la fragilidad humana. Después bajó ligeramente su cabeza para invitarme a llegar hasta ellos.

Me deshice del calzado y avancé despacio hasta arrodillarme imitando su postura junto a Madre. En ese momento olvidé su presencia y concentré toda mi atención en ella. Por fin era testigo de la muerte de un ser humano, del que menos hubiera esperado o deseado. Había intentado negarme mi facultad de percibir, procurando no volver escuchar lo que algo ajeno a mis sentidos me comunicaba, pero ahora la seguridad perseguida con su renuncia me había sido arrebatada y todo lo que me quedaba era mi intuición.

Recordé todo aquello que había hecho en infinidad de ocasiones para sentir la vida que me rodeaba y cogí su mano. Con ese contacto empecé a buscar dentro de mí aquel poder secreto, aquella facultad innata que tanta maravilla me había reportado en el pasado y que ahora necesitaba con desesperación.

Encontré su espíritu y pude seguir la hebra que lo unía con todo lo anterior a él. Observé los recuerdos de sus antepasados

en un instante, el legado de lo vivido por todos ellos que Madre había recibido. Sentí que todo lo que su ser había experimentado en esta vida pasaría de la misma forma a todos los seres venideros, en especial a través de sus hijos. Descubrí la experiencia maravillosa de esa conexión, una red invisible que contenía a todos los seres vivos.

Pero cuando quise retener a Madre en aquel cuerpo descubrí que era como tratar de atrapar agua con una red. Su esencia se derramaba alejándose en todas direcciones, primero empapando la habitación y luego extendiéndose por el pueblo hasta los bosques para perderse más allá en una rápida sucesión de caudal vital, cada vez más débil, cada vez más difícil de percibir al fundirse con el todo en un único espíritu.

Llegado el momento no pude sentirla, pues su cuerpo había sido llenado de otros alientos, otras vidas, otros sentimientos, otras vitalidades. Sabía que Madre estaba allí, pero la enorme diversidad de la vida no me dejaba ya reconocerla como el ser único que había sido.

De pronto su mano se volvió extremadamente fría, con una intensidad mayor que cualquier otro episodio que hubiera experimentado jamás. Ni el río de montaña, ni el hielo del invierno podían compararse y me vi obligado a soltarla asustado.

Levanté la mirada y encontré la del hombre pequeño.

—Tu padre no tiene modo de pagarme.

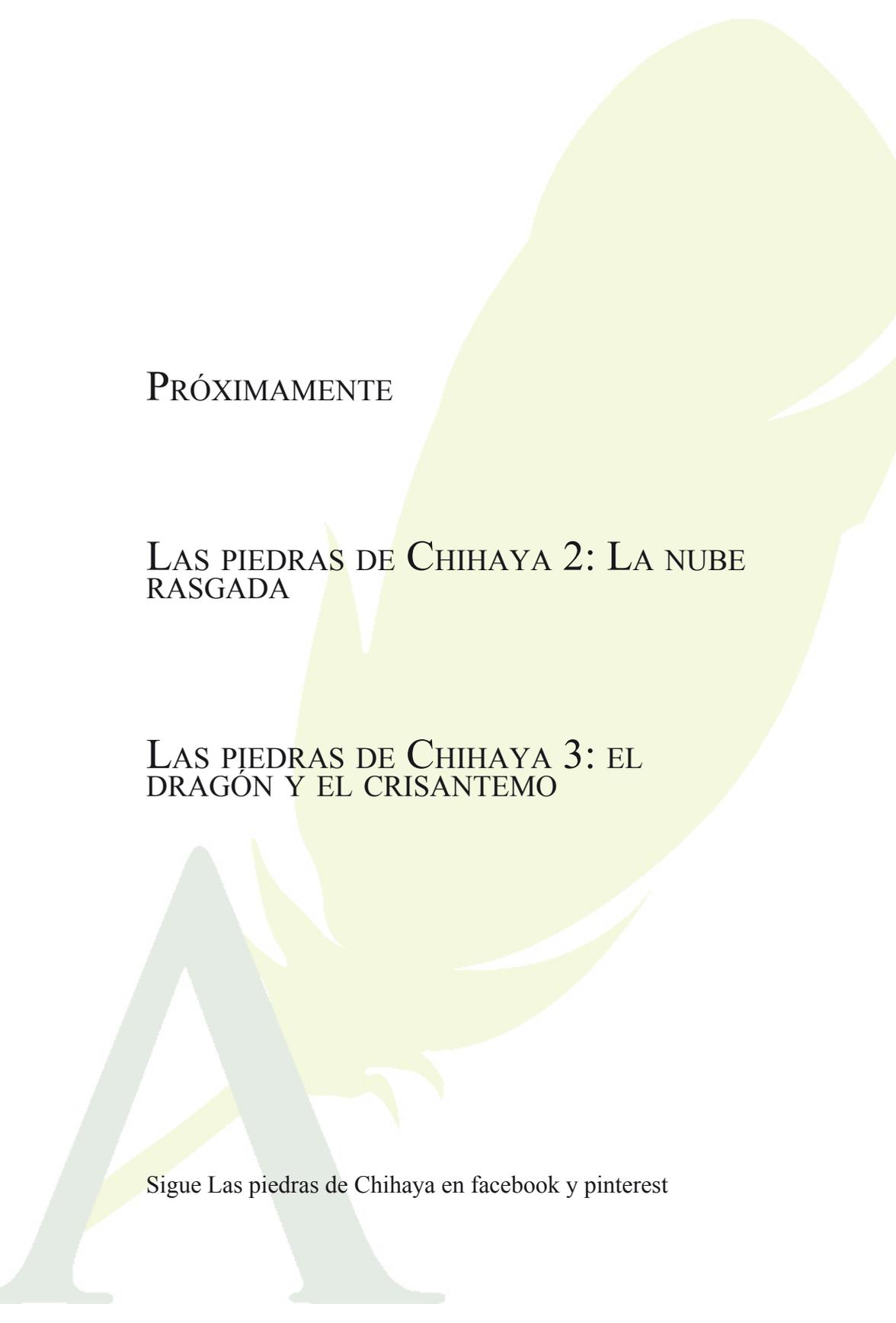
—Yo tampoco tengo nada de valor —contesté.

Se quedó unos instantes pensativo, mirándome fijamente.

—Tal vez haya una forma de hacerlo después de todo. Dime, ¿qué has visto al coger su mano?

—Pérdida —contesté yo.

Ese día aprendí el significado de la muerte de alguien amado.



PRÓXIMAMENTE

LAS PIEDRAS DE CHIHAYA 2: LA NUBE
RASGADA

LAS PIEDRAS DE CHIHAYA 3: EL
DRAGÓN Y EL CRISANTEMO

Sigue Las piedras de Chihaya en facebook y pinterest

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

MUSASHI. La leyenda del samurái

MUSASHI. El Camino de la Espada

MUSASHI. La luz perfecta

TAIKO. El hábil *Cara de Mono*

TAIKO. *Hideyoshi en el poder*

Los Ninjas de Kôga, Yamada Futârô

El Dragón, Rashômon y Otros Cuentos, Ryûnosuke Akutagawa

La sombra del KASHA

Fuego Cruzado (Crossfire)

El susurro del Diablo

R.P.G. Juego de Rol

Brave Story. Un nuevo viajero

Hanshichi. Un detective en el Japón de los samuráis

Fantasmas y Samuráis

El Ladrón, Fuminori Nakamura

Mitos Populares de Japón. Leyendas de Tôno, Kunio Yanagita

Relatos de Samuráis, Asataro Miyamori y Kan Kikuchi

Eiji Yoshikawa

Miyuki Miyabe

Kidô Okamoto

